

El rocío empapa mi cuerpo
y la tierra desprende, excitada,
un fuerte olor de materia en celo.
Los dedos descubren en cada gota
la obscena orquídea del placer.
Estuario de mayor conocimiento.
Con la nueva y húmeda luz
palparé los cuerpos, besaré las bocas,
buscando la verdad
que no dicen las palabras.

EN ACRE

El gemido de un oleaje de besos
quebrados contra los muros de Acre
retumba en los tortuosos callejones,
mientras un salitre de hierros antiguos
corroe la carne de los labios.
Vagando entre las casas y el mar
me llené las manos de cristales redondos.
Ante los iconos bizantinos,
en la enterrada cripta de los Templarios,
un sudor de sal y especias
humedecía mi piel.
Deseándote cerca como los peces desean a la luna,
descubrí entre las piedras
el estremecimiento caluroso
de los dedos que se buscan.

Rodolfo Hasler

Me diste el agua de los mirtos
y cuando la sangre nació
cegaste la fuente bajo la arena.
Un fuego seco abrasa mis dedos,
herida polvorienta
que busca la esencia
bajo el pozo de la lluvia.

EN EL JARDÍN DE CACTUS

Era ya de madrugada
cuando los cactus brillaban
cubiertas sus flores
de lágrimas frescas.
Los guijarros se ablandaron
reproduciendo la distribución de los astros.
Una nube gris corría despavorida
con la proximidad de la luna,
y cuando la luz fue olvido,
surgieron de las piedras
verdes manzanas mordidas.
La silueta de un animal
apareció gélida y blanca junto a la entrada,
calentando el aire
con un hueco silbido.
Puntual a la hora
se enciende la huella
de tus dedos en mi brazo,
buscando el final del recorrido.

El autor, cubano-
español, reside en
Barcelona.